

CINE: CORTES Y PRECIOS

En el número 428 de TRIUNFO aparecen dos artículos de Diego Galán. Pone en boca del director Sam Peckinpah: «Me han informado que en España la censura ha eliminado de mi película "Grupo salvaje" tres o cuatro escenas totalmente fundamentales, y esto no había ocurrido en ningún sitio». A cuenta de la película «Landrú», de Claude Chabrol, dice: «La versión que se proyecta en España carece de once secuencias o escenas que daban a la película un sentido radicalmente diferente». Este número 428 de TRIUNFO tiene fecha del día 15 del pasado mes; en otras dos revistas fechadas una en el 14 y otra en el 16 se publica un artículo de Julián Marias titulado «Los cines vacíos», y Terenci Moix dice que convirtieron a Grace Kelly en hermana de su marido («Mogambo»).

Uno, ante su desánimo frente al cine que actualmente ve en nuestro país, no es que deliberadamente alimente una especie de masoquismo buscando con lupa y concienzudamente argumentos para empeñarse en determinada actitud; en el cúmulo de noticias de los más diversos géneros que revistas no especializadas en cine publican se han dado estas coincidencias. Y conste que en ese fin de semana solamente leí estas revistas.

Uno recuerda... y en su muy limitada dedicación cinematográfica surge una retrospectiva y actualización sintetizadora de la siguiente epidemia: Bardem: «Más del noventa por ciento de las películas importantes no las ve el español que no sale de su Patria». Berlanga: «Reniego de esa criatura titulada "Los jueves, milagro"»; imposición de la productora de determinada canzonetista en «Bienvenido, mister Marshall» y supresión total de, por lo menos, una secuencia (el sueño de la maestra). En «Vivir un gran amor», de Dmytryk, existe un equívoco parecido al de «Mogambo», pero tratado más sutilmente. Peckinpah dice: «Pero, ¿qué ocurre en el mundo?... He demandado a la Warner Bros por los cortes que han hecho a "Grupo salvaje"». Julián Marias habla de la función social del cine y de cines vacíos. Porque, para colmo, llega el escándalo del aumento desorbitado del precio de las localidades... No puedo resistir a la comparación: por el precio de una entrada de cine se pue-

den adquirir cuatro números de TRIUNFO. ■ VICTOR GAYO (Sestao).

OBSERVACIONES A CORTAZAR

El artículo de Julio Cortázar titulado *Viaje alrededor de una mesa*, publicado en el número 426 de TRIUNFO, requiere algunas observaciones. En primer lugar, confieso que no puedo comprender por qué un escritor del «valor» de Julio Cortázar sigue participando en mesas redondas que se realizan sobre un tema tan debatido como es el del «intelectual y la política», o, mejor dicho, entiendo bien que se trata, para él como para otros muchos escritores, sean latinoamericanos o europeos, de hacernos tragar la píldora; o sea, hacerse pasar por algo que no es: un intelectual revolucionario. Cortázar explica su participación en la mencionada mesa redonda como una preocupación por el diálogo, pero no ignoraba que sólo se podía tratar de un diálogo de sordos. Recordemos el tristemente célebre Congreso Cultural de La Habana, que una minoría de sus participantes consideró como un nuevo punto de partida, mientras que para la mayoría no fue otra cosa que un fin en sí mismo; un congreso más (con la ventaja para los europeos de reunirse en el Trópico), donde se habló mucho de revolución, cada quien lanzándose por su lado en una verdadera escalada de palabras y tratando de atraer hacia sí los honores del momento. Después de esa época las cosas cambiaron bastante, y en el caso particular de París, el mes de mayo de 1968 ha contribuido (es, sin duda, su aspecto más positivo) a cuestionar los valores establecidos. Los intelectuales (entendiéndose por ello los creadores y en particular los escritores) fueron colocados entonces en el banquillo de los acusados; de la misma manera que los dirigentes del régimen, de los partidos de izquierda tradicional, de los sindicatos, etc. Los llamados intelectuales trataron de subir al tren en marcha, pero en vano: fueron sobrepasados por ese extraordinario despertar de la juventud. De todas formas, como los escritores franceses tienden en su conjunto a ser un poco más modestos que sus compañeros

latinoamericanos (hablo sobre todo de los exiliados voluntarios tipo Cortázar, excluyendo naturalmente las excepciones que hay entre ellos) se contentan con ayudar a los movimientos revolucionarios, sin tener la pretensión de ser otra cosa que simples liberales-progresistas; por lo tanto, la juventud continúa admitiéndolos a su lado, a pesar de que forman parte de un cierto folklore.

Cortázar es de esos que no han podido extraer experiencias de los sucesos de mayo. El sigue más o menos jugando el mismo papel de antes y luego se sorprende de no ser tratado con el mismo respeto y, además, de ser considerado como un escritor burgués más («La literatura y el arte para la burguesía son literatura y arte burgueses»). Mao Tse Tung, *Intervenciones en el Foro de Yenen sobre literatura y arte*, de la misma manera que un Borges, por ejemplo, con la diferencia que éste no tuvo necesidad de recurrir a bajas maniobras pseudo-revolucionarias para hacerse conocer y apreciar del público burgués europeo; la calidad de su obra literaria bastaba para ello. Cortázar escribe: «Es un hecho sabido que cualquier adolescente que ha leído tres novelas y escrito dos poemas se considera idóneo para juzgar la creación literaria; la prueba de ello (y no se trataba de adolescentes, por desgracia) es que la mayoría de los antagonistas de Vargas Llosa o de mí, en esa mesa redonda, no hicieron el menor esfuerzo por entender nuestra tentativa de elucidación del proceso de la creación literaria». El problema no se sitúa a ese nivel; ninguno de los antagonistas de Cortázar tiene la pretensión de enseñarle su oficio de escritor. El problema nace del hecho de que Julio Cortázar pretende ser un intelectual revolucionario y que obviamente (basta, para convencerse de ello, con leer su artículo) no lo es. Los «contestataires» no le pedían otra cosa que un poco de modestia y de honestidad, nada más que eso. El no comprendió esto o, lo que sería mucho más grave, no ha querido comprenderlo. ■ JEAN MICHEL FOSSEY (París).

EL OTRO FALLO HUMANO

Me permito dirigirles estas líneas, que en parte son co-

